



## Acto tercero

Un gabinete. Puerta al foro y laterales. Una mesa de té.

### ESCENA PRIMERA

MARIA; después AUGUSTO

Al levantarse el telón María está ocupada en tender una servilleta en la mesa, sobre la cual hay una bandeja con un azucarero, un mantequero y un tazón. Suena un timbre. María sale por el foro y poco después entra Augusto con el sombrero puesto y un abrigo en el brazo, que tira con gesto de mal humor sobre una butaca; se sienta en otra en actitud pensativa.

**María** (Que entró de nuevo inmediatamente detrás de Augusto.) Se ha retrasado hoy el señor. (Augusto no contesta.) Está la mañana muy agradable, ¿verdad?

**Augusto** (Secamente sin mirarla.) Sí.

**María** Un poco fresca. (Augusto no contesta; María le mira un momento con expresión de lástima y sin decir una palabra recoge el sombrero y el gabán; vase por puerta derecha; vuelve a salir; acaba de poner la mesa; se marcha otra vez por foro llevándose la bandeja y entra de nuevo con una lechera que deja sobre la mesa.)

**María** Señor... (Más alto al ver que Augusto no le contesta.) ¡Señor!...

**Augusto** (Estremeciéndose y volviendo la cabeza.) ¿Qué?

**María** (Señalando la mesa.) El desayuno.

**Augusto** Bien. (Sigue sin moverse.)

**María** Lo he traído aquí porque como supongo que el señor se acostará en seguida...

**Augusto** (Levantándose.) ¿Se ha levantado la señorita?

**María** Creo que no. Hace un momento entré en su cuarto y estaba acostada todavía. La pobre señorita está muy mala... ¡Ha pasado una noche!...

**Augusto** Dígala usted que cuando se levante venga aquí.

**María** (Humildemente.) Está bien, señor. (Vase puerta derecha. Augusto da varios paseos por la habitación. En uno de ellos se acerca a la mesa, llena el tazón de té y leche, echa azúcar, mueve con la cucharilla y de pie, se lo acerca a los labios, pero al primer sorbo lo vuelve a dejar sobre la mesa y sigue paseando. Entrando de nuevo.) La señorita se está vistiendo y viene en seguida.

**Augusto** Bueno. (Sigue paseando. María se acerca a la mesa con intención de recoger el servicio.)

**María** (Muy sorprendida al ver el tazón lleno.) Señor, que se va a enfriar el desayuno.

**Augusto** ¡Lléveselo usted.

**María** ¡Cómo! ¿No va el señor a desayunarse? (Acercándose muy cariñosa a Augusto.) Vamos, un poquito... aunque no sea más que bebido...

**Augusto** (Muy secamente.) ¿Quiere usted dejarme en paz? (Da media vuelta y sigue paseando. Luego al encontrarse otra vez con María que se quedó como aturdida.) ¿Qué hace usted ahí?

**María** (Azorada.) No... nada... nada... (Augusto se encoge de hombros. Ella saca un pañuelo del bolsillo del delantal, se seca los ojos y sin decir nada recoge el servicio y se dirige hacia el foro, siempre secándose los ojos.)

**Augusto** (Sorprendido al verla llorar.) ¿Qué le pasa a usted?

**María** No... nada... es que... que no creo haber dado motivo... (Medio mutis. Augusto la mira.)

**Augusto** María... (Ella no contesta.) ¡María!...

**María** (Volviéndose.) Señor...

**Augusto** (Avanzando hacia ella.) Hija mía, tiene us-

ted razón... es verdad... He estado injusto con usted, es cierto.

**María** (Confusa.) Señor...

**Augusto** Ha sido un impulso, un arrebató que no he podido dominar... tiene usted razón... perdóneme usted.

**María** (Muy confusa.) ¡Señor, por Dios! (Vase.)

### ESCENA II

**AUGUSTO y TERESA; luego MARIA.** Augusto vuelve a sentarse en la butaca y permanece en actitud pensativa. Teresa entra puerta izquierda. Silencio largo. La mujer, sobrecogida, bajos los ojos, no se atreve a alzarlos para mirar a su marido. Este, abstraído en sus meditaciones, no la oye entrar.

**Augusto** (Lenta y maquinalmente vuelve la cabeza.) ¡Ah! (Viendo a su mujer.)

**Teresa** (Avanzando suplicante y trémula.) ¡Augusto!

**Augusto** (Secamente.) Ha pasado la noche. Supongo que habrás tomado tu determinación.

**Teresa** Haz de mí lo que quieras. Yo te juro que hubiera dado mi vida por evitarte este sufrimiento.

**Augusto** (Sin tener en cuenta sus palabras.) Supongo que habrás tomado tu determinación... Por mucho que intentemos dominarnos, los hombres somos hombres. Ayer hubiera sido yo capaz de todas las brutalidades, de todos los impulsos... No... no somos fieras, sino personas. No nos debemos al instinto, sino a la razón. Tal vez he sido culpable al dilatar durante algunas horas el esclarecimiento de la verdad. ¡Algunas horas!... ¡Dichoso el que padece algunas horas nada más!

**Teresa** ¡Verdad, verdad!... ¡Tú no mereces!...

**Augusto** ¿Qué has decidido?... (Se levanta y pasea.)

**Teresa** ¿Decidí? ¡He sufrido! ¡He llorado! ¡He admirado la grandeza de tu alma! ¡He sentido toda la abyección, toda la infamia de mi culpa! ¡Dios mío! Dios mío y pensar que nosotros...

**Augusto** No se trata ahora de nosotros: se trata de él.

**Teresa** ¡Y de ti, Augusto, de ti!

**Augusto** (Sordamente.) ¡No!... ¡De él!... No tiembles. No llores. Llorando y temblando no se arregla nada... (Pausa.) Vamos, habla. ¿Qué has

decidido? (Ella sigue callada.) ¡Señor! ¡Señor! ¿Es posible que yo haya creído en esta mujer?

**Teresa** (Acercándose.) Despréciame, injúriame; estás en tu derecho. Siempre fui conmigo generoso y leal. Ayer pudiste haberme golpeado, haberme herido, haber dispuesto de mi vida... Puedes aún; no he de defenderla. Por extraño, por absurdo, por incomprensible que te parezca, yo no he dejado jamás de sentir por ti en el fondo del alma, cariño, respeto, piedad, gratitud... Cuando ayer...

**Augusto** Ya no es ayer; es hoy. ¿Quién piensa en ayer? Nuestro hogar no existe, nuestro afecto no existe... Dijérase que no habían existido nunca... Todo cuanto nos ligaba ha desaparecido. Tu vida y mi vida están separadas definitivamente.

**Teresa** (Suplicante.) ¡Augusto!

**Augusto** (Sin oírla.) Después del primer arrebato yo mismo lo reconocí pronto. Si parece imposible que ni por un momento hayamos creído que yo era tuyo, que tú eras mía, que esto era una familia, que esto era un hogar. Nos distancia algo más que el desamor. Nos alejan las diferencias más hondas, más opuestas, más radicales... Somos dos seres de distinta raza, ¡de distinto planeta! Tu historia es el engaño; mi historia es la lealtad. No eres mi ofensor, eres mi enemigo. ¡Yo te amé tanto, tanto!, mentira, no te amaba, soñaba amarte. Tú no naciste para las sinceridades del amor. Por amor se mata, por amor se perdona. Yo ni te maté, ni te perdono. Ya ves que no te amo. Esta es la verdad; la dura verdad... (Imponiéndola silencio.) no, no te esfuerces en disculparte; comprendo que tampoco sintieras amor por mí. Pero ¿acaso lo sientes por él? Le ves acusado, deshonrado... El calla, él se sacrifica, él te quiere... ¡Sí! ¿Por qué negarlo? El no tuvo piedad de mí; entró en mi dicha como un ladrón entraría en mi casa; pagó mis mercedes con ultrajes, ofendió al bueno, traicionó al amigo... ¡Con qué placer le ahogaría entre mis manos!... Pero lo cierto es cierto... El se sacrifica por ti; él te quiere; para ti por lo menos es un hombre de corazón... (Pausa.)

Y tú, liviana, egoísta, glacial, le aceptas ese regalo de su tranquilidad, de su honra, de su vida, como le aceptarías un ramo de flores. Oyes que le acusan y callas. Sabes que se pierde y callas. Ves que su madre muere de dolor, de amor y de vergüenza y sigues callando... ¿Sufren? ¿Que sufran! ¿Mueren? ¿Que mueran! ¿Todo antes que exponerte a una humillación! ¿Pero qué clase de mujer eres tú! No encuentras denigrante pasar de mano en mano y crees que te rebaja el único momento de tu vida en el que habrás dicho la verdad. Ayer tuve piedad de ti porque la tuve de mí también; ayer era yo débil y disculpé que tú lo fueras. Por eso dejé pasar la noche. He meditado mucho... ¡mucho! También tú has tenido tiempo de meditar... Yo sé que esta noche no has dormido, que lo has pensado todo, que lo has visto todo... Di, ¿qué te propones? ¡Dilo!... Hoy no es ayer. No esperes compasión.

**Teresa** (*Dolorosamente.*) ¿Por qué me juzgas peor de lo que soy? No es mi honra lo que defiendes; es la tuya.

**Augusto** ¿La mía? ¿Pero qué tienes que ver tú con ella? ¿Crees que mi honra depende de ti?, ¿que tu liviandad puede mancharla?, ¿tu hipocresía imponerla?... ¿Qué tengo yo que ver contigo? Para ser honrado y tenido por tal, bastan mis actos nobles, mi proceder sin tacha. No es a mí a quien has deshonrado, sino a ti solo. Yo soy quien era. ¿Qué tienes tú que ver con mi honra? ¡Mi honra es mía!

**Teresa** No, Augusto; no, eso no... Tú no mereces deshonrarte por mí...

**Augusto** ¿Pero qué ceguera es la tuya? ¿Si no soy yo, si eres tú...!

**Teresa** Pues castígame a mí.

**Augusto** ¿Pero si no lo haces por mí, sino por ti misma! Hoy le sacrificas a él como antes me sacrificaste a mí. Porque no tienes ni la disculpa de haber cedido a una pasión siquiera. Porque para ti no hay en el mundo otra cosa respetable que tus egoísmos, tu comodidad, tu tranquilidad. Yo creí que no cabía mayor desprecio que el que ayer sentí al saber tu falta... Fué un error! Hoy me pareces más

despreciable todavía, más indigna, más... (*Tratando de serenarse.*) ¡Señor, Señor, dame calma! (*Pausa.*) ¿Pero alguna razón tendrás para proceder como procedes?

**Teresa** Ya lo he dicho.

**Augusto** (*Sin atenderla.*) Si no le querías, ¿por qué fuiste suya? Si le quieres, ¿por qué callas ahora? El es bueno contigo; yo lo fuí también. ¿Por qué me abandonaste y por qué le abandonas? (*Viendo que llora.*) ¡Débil razón es esa de llorar!

**Teresa** (*Después de una pausa y serenándose.*) Augusto, voy a decirte toda la verdad; toda, por dolorosa, por repugnante que te parezca. También a mí me lo parece ahora. Pero antes no. Cuando él me habló apasionado y loco, cuando el misterio era nuestro cómplice, cuando tu ausencia y su asiduidad me despeñaban hubo en mi corazón sordas batallas, largas batallas. Me rebelaba contra mí misma y luché mucho, mucho... ¿Por qué cedí? Ha llegado el momento de ser leal. No fué él, fuiste tú quien me hizo caer. Cuando yo le repetía: «No tendríamos disculpa», no era sincera. Yo creía entonces firmemente que sí, que la teníamos.

**Augusto** ¡Es asombroso!

**Teresa** ¡Es asombroso, pero es así! Prefiero parecer-te cínica a parecer-te hipócrita. Ahora estoy diciendo la verdad, ¡lo juro! Por los hijos que pudimos haber tenido, que yo le pedí a Dios y que Dios injustamente me negó, lo juro. Yo me sentía desgraciada, yo desconfiaba de tu cariño, miraba alrededor de mí y todo era soledad... Mi juventud pedía algo más; mi hermosura merecía algo más... No encontraba en ti entusiasmos, ni anhelos, ni amores.

**Augusto** ¿No?

**Teresa** (*Rotundamente.*) No. No eras para mí un enamorado, sino un protector... Eras un hombre bueno, un justo, hasta un santo. Pero el amor no es sólo bondad, santidad y justicia... Es algo más... ¡qué sé yo!... algo más. (*Pausa. Augusto apoya la cabeza en la mano.*) Yo era una niña halagada, mimada, consentida... acostumbrada a fiestas, a paseos, a diversiones... Me sacaste de Madrid y me

encerraste en este pueblo, en este caserón... Y yo sufrí y me resigné y no te dije nada, porque confiaba en que tu cariño me compensaría... ¡Y no me compensó!... Tú con tus dibujos y con tus planos y con tus máquinas no tenías tiempo para ocuparte de mí. Y yo estaba sola, sola, sola, a todas horas sola... Y un día vinieron y me hablaron al alma. Para resistir esa tentación, para defenderme contra ella, no tenía más defensa que tú. Te busqué y no te hallé.

Augusto  
Teresa

(*Levantándose.*) Ya no se trata de eso. Finalmente, para que el abandono fuera absoluto, un día me dijiste:—«Me han nombrado jefe de noche en la fábrica.»—Yo te rogué que no aceptaras. ¡Tú sabes con cuánta insistencia, con cuánta tenacidad te lo supliqué! Y no me escuchaste, no quisiste escucharme. Y tú llegabas cuando yo salía, y estaban encontradas nuestras horas y apenas nos veíamos nunca... Tú siempre afectuoso, siempre deferente, pero siempre frío y siempre lejos. Yo he sido perjura, he sido mala, me he hecho despreciable... Pero dime lealmente, si no te alcanza alguna responsabilidad. Hubieras decretado mi muerte y no hallarían en mí la menor protesta. Me hubieras perdonado y yo hubiera sabido agradecerlo. Pero de tu boca no han salido más palabras que ¡la razón!, ¡la verdad!, ¡la justicia! Y contra estas secas palabras mi alma se subleva y oprime estas otras... ¡Dolor!, ¡piedad!, ¡amor! Yo merezco alguna lástima también. ¡Yo soy también un ser que ama, y que sufre y que llora!

Augusto

¡Calla, calla! Cada disculpa tuya es un cargo más que se alza contra ti. Yo he sido contigo tierno, solícito, bondadoso... ¿Por quién sino por ti trabajé? ¿A quién sino a ti se encaminaban mis desvelos? ¡Y te entregaste a ese hombre, no porque lo amabas, sino porque yo no te satisfacía! ¡No por cariño a él, por rencor a mí! ¡No fué el amor, fué el vicio, el vicio miserable!

Teresa  
Augusto

(*Levantándose ofendida.*) ¡Augusto!  
(*Tranquilo.*) ¿A qué volver los ojos al pasado? El pasado ha muerto. Apenas hayas cumplido con la conciencia, saldrás de esta

casa y no volveremos a encontrarnos nunca. (*Suplicante.*) ¡Augusto!

Teresa  
Augusto

¡Nunca!... ¡Nunca! Entre tú y yo ya no hay nada común. Todo lo que nos ligaba se ha roto para siempre. Saldrás de aquí, en seguida, cuanto antes mejor; no quiero verte, no quiero saber nada de ti. Pero antes de marcharte hablarás.

Teresa  
Augusto

No.  
La acusación de un crimen pesa sobre un hombre. La prueba de su inocencia depende de tu confesión. Es preciso que hables y hablarás. Dirás la verdad, la verdad.

Teresa  
Augusto

No.  
¡La dirás! ¡Y si no la dices tú, la diré yo!

María

Señorita. (*Por el foro.*)

Augusto

¿Qué? (*Volviéndose.*)

María

La señorita Clara.

Teresa

Que no estoy. (*Vivamente.*)

Augusto

(*Con imperio.*) Que pase.

Teresa

Es una mujer cruel. Viene a atormentarme.

Augusto

Es una mujer de corazón. Escúchala. (*Vase puerta derecha.*)

### ESCENA III

TERESA y CLARA

*Teresa se dirige al espejo, se mira, se enjuga las lágrimas y trata de aparecer serena. Todo muy rápido. Entra Clara resuelta. A mitad de escena se detiene y fija los ojos en Teresa sombría y marmórea.*

Clara

¡Teresa, Teresa! ¡Es imposible que esto continúe! (*Examinando las puertas para ver si alguien puede escucharlas y vuelve.*)

Teresa

(*Tímida, bajando la voz.*) ¿Le viste?

Clara

¡Fué una escena superior a mis fuerzas! ¡Pobre doña Angela! ¡Qué desesperación la suya! ¡Qué dolor tan hondo, tan santo!... Te aseguro que me costó trabajo callar y que el remordimiento no me ha dejado cerrar los ojos por haber callado. Me acosté y no dormí. Apenas se ha levantado mi marido, aquí estoy.

Teresa

¿Y él?

Clara

¡El!... Si le vieras, no le reconocerías. No es

ni su sombra... Tales padecimientos no se arrastran en vano.

**Teresa**  
**Clara**

Lo sé.  
¿Por qué no viniste con nosotras? Por duro que fuera tu corazón te hubieras compadecido de aquella pobre madre que cree siempre en su hijo, que no duda un momento de su inocencia, y que, sin embargo, no le arranca el secreto salvador. Te juro lealmente que yo no soy capaz de resistir otra entrevista. Por mucho que me repugne convertirme en acusadora no tendré más remedio que acusarte si vuelvo a ver a Joaquín con doña Angela. ¡Y doña Angela está decidida a que volvamos hoy!

**Teresa**  
**Clara**

¿Desconfía de mí?  
No sé. Tal vez sí... ¡Teresa! ¡Por lo que más quieras en el mundo, si algo hay que quieras tú, ten compasión de doña Angela, ten piedad de Joaquín!

**Teresa**  
**Clara**

(*Conmovida.*) ¡Clara!  
(*Cada vez con más calor.*) Ya que no por cariño, por gratitud siquiera, por humanidad... ¿No te admira la hidalguía de ese hombre? ¿No te espanta el sufrimiento de esa pobre mujer?

**Teresa**  
**Clara**

No me atormentes más.  
No soy yo quien te atormenta. Es la conciencia tu atormentadora... ¡Hipócrita!

**Teresa**  
**Clara**

¡Hipócrita, no! Cumplidora de mi deber.

**Clara**  
**Teresa**

¿Y qué deber es ese?  
El de no poner en ridículo al hombre que merece todos mis respetos, más que en último extremo.

**Clara**  
**Teresa**

¿Y a qué llamas tú último extremo?  
Yo siento como tú, más que tú, mucho más, el dolor de doña Angela. Yo sé todo lo que debo a Joaquín: Pero no es culpa mía si no puedo proceder de otro modo. No soy egoísta, sino desgraciada.

**Clara**  
**Teresa**

¡Tendrás valor!  
Si la vida de Joaquín dependiera de mi confesión, no dudaría. ¿Qué me importa que no me creas! Yo me conozco y lo sé... Me causaría un dolor de muerte; pero diría la verdad. Pero si yo hablase ahora, y si después, por otra circunstancia cualquiera, Joaquín se salvase, ¿la confesión mía no habría sido

inútil? ¿No se diría que yo había deshonrado públicamente a mi marido sin necesidad? ¿Me lo perdonaría Augusto? ¿Me lo perdonaría el mismo Joaquín?... Es demasiado grave el caso para proceder de ligero... Joaquín está acusado de un delito que no cometió, es verdad, pero una acusación no es una sentencia. Pero entre tanto...

**Clara**  
**Teresa**

Entre tanto que esperen y que sufran como sufro yo.

**Clara**

¡Teresa, Teresa! Los impulsos del alma no se gobiernan con sutilezas.

**Teresa**

¡No son sutilezas! No tendrás la pretensión de conocer a Joaquín mejor que yo. Yo sé que a él, con dolerle infinitamente el dolor de su madre, y las sospechas que sobre él recaen, le dolería aún más deshonrar a Augusto en público, después de haberle traicionado en secreto. Yo sé que este mismo silencio que me reprocháis él me lo agradece

**Clara**  
**Teresa**

No.

**Clara**

Sí.

**Clara**  
**Teresa**

No.

(*Como si le acometiera de pronto una sospecha.*) ¿Le has hablado?

**Clara**

Le he hablado. No lo dijo su voz. Lo ha dicho su gesto. Tú no sabes amar y él sí. El amor no vive de problemas ni de razonamientos. Si tú hubieras hablado, Joaquín hubiera sentido quizá todo lo que afirmas; pero en el fondo del alma se habría dicho con alegría «me quiere. Habla porque me quiere, como yo callé porque la quería.» Estas son las cosas que agradece el amor. (*Teresa llora. Pausa.*) Perdona que te hable de este modo; no puedo remediarlo. Es que somos de distinta manera. Yo falté a mis deberes porque estaba loca por un hombre y tratándose de él no acertaría nunca a razonar. Tú te entregaste conservando el juicio y a sabiendas del daño que hacías. No le querías lo bastante para que tu falta tuviera disculpa... ¡Pobre Teresa! Es terrible tu caso. Sacrificaste a tu marido por tu amante y ahora quieres sacrificar a tu amante por tu marido... Y en esta difícil situación, ¿a quién volverás los ojos? Joaquín sabe ya quién eres... Augusto cuando lo sepa...

Teresa No lo ignora ya.  
 Clara (Con grandísimo asombro.) ¿Lo sabe?  
 Teresa Sí.  
 Clara ¿Quién se lo ha dicho?  
 Teresa Yo.  
 Clara ¿Tú?  
 Teresa Sí.  
 Clara (Pausa.) ¿Y...?  
 Teresa ¡Me ha echado de casa!  
 Clara ¡Oh!  
 Teresa (Llorando.) ¡Me ha arrojado a la calle!  
 Clara (Acercándose a ella conmovida.) ¡Pobre Teresa!  
 Teresa Sí... Pero antes quiere que hable (Transición.) y no hablaré. Aunque se empeñe él, aunque te empeñes tú, aunque se empeñe el mundo entero. No hablaré, me mataré, me tiraré por un balcón, pero no hablaré. Será este orgullo una insensatez, será un crimen, pero es más fuerte que yo misma. ¡Soy así y no es posible que sea de otro modo! ¡No! Yo no quiero que por mi culpa Augusto se avergüence ni tenga jamás que bajar los ojos ante nadie. ¿Que sufre Joaquín? ¿Que sufra! ¿Que yo me veo tirada por la calle abandonada y sola, muerta de hambre y de vergüenza?... Bueno... Pero que el nombre de Augusto no padezca. Tú no sabes el respeto que después de mi culpa, aún más que antes, este nombre me inspirará. Clara, yo te lo ruego, te lo suplico; por lo que más quieras en el mundo, habla con Augusto, díselo; dile que de mí haga lo que quiera, que me eche a la calle, que me desprecie, que me mate, pero que no lo diga.  
 Clara Pero tú le habrás ya hablado...  
 Teresa No, no me escucha; no quiere oírme. Además, no puedo...; su presencia me quita la serenidad, me desconcierta, me aturde...; no sé hablar... Díselo tú... Dile... ¡Dios mío! Yo no sé... Dile que espere... Yo estoy segura, yo tengo la certeza, ya lo veréis, de que todo se ha de descubrir naturalmente... y entonces...  
 Clara ¡Pobre Teresa!  
 Teresa (Con ansiedad.) ¡Verdad que sí! ¿Verdad que le hablarás?  
 Clara Chist... calla. (Al oír que se abre puerta foro.)

ESCENA IV

DICHOS, MARIA, HONTORIA, GALVEZ y VIDAL

María (Desde la puerta.) ¿No está el señor?  
 Teresa Está en su cuarto. ¿Quién es?  
 Valdés (Que aparece.) Somos nosotros. Hemos venido a molestar...  
 Teresa (A María.) Avise usted al señor. (Mutis María.)  
 Gálvez (A Teresa.) ¿Ocurre algo?  
 Teresa No, nada. ¿Por qué?  
 Gálvez Su marido de usted nos acaba de mandar un recado diciéndonos que viniéramos inmediatamente... Temí que pasara algo.  
 Teresa No, nada...; digo, no sé.  
 Valdés (A Clara.) Mira, hija, otra vez que te marches de casa haz el favor siquiera de decir adónde vas. Me he vuelto loco buscándote. Gracias a que se me ocurrió si estarías aquí. Te traigo una sorpresa.  
 Clara (Sin atender a su marido y dirigiéndose a Gálvez y a Hontoria.) No sé cómo resiste Augusto este método de vida.  
 Hontoria ¡Calle usted! Yo tuve que dejarlo. Trabajé una temporada de noche y me pasaba lo que a él; la mayor parte de los días me acostaba después de almorzar. No hay orden posible.  
 Valdés (A Teresa.) ¡Dejarla a usted sola toda la noche! (Teresa se pasa la mano por la frente.)  
 Gálvez ¿Sigue usted mal?  
 Teresa Sí.  
 Hontoria Hemos sido entonces doblemente indiscretos.  
 Valdés (A Clara.) ¿No me preguntas cuál es la sorpresa?  
 Clara (Displicente.) Alguna tontería.  
 Valdés ¿Ven ustedes qué desagradecida es mi mujer? Bueno. Pues ya sabes que hace días necesito ir a Madrid. Hoy me encuentro con ánimos. Y como tú eres tan aficionada a estas excursiones te llevo, si quieres.  
 Clara Gracias. Hoy no puedo.  
 Valdés ¡Mujer! Con que vas casi todos los días y hoy que puedo acompañarte...  
 Clara No insistas. (Separándose.)  
 Augusto (Entra por la derecha.) Buenos días, señores.

¡Ah! ¿Usted también? (*Reparando en Vidal.*)  
 ¿Cómo está usted?  
**Valdés** ¡Asombrado! Mi mujer no quiere venir a Madrid.  
**Augusto** ¿Y eso? (*Estrechando las manos de Gálvez y Hontoria.*)  
**Teresa** (*Rápidamente a Clara en voz baja.*) Háblale... ¡Ahora! (*Clara avanza hacia Augusto que a su vez se acerca a saludarla.*)  
**Clara** (*En voz baja.*) Augusto, necesito hablar con usted.  
**Augusto** (*En el mismo tono.*) ¿Conmigo? (*Extrañado.*)  
**Clara** Es absolutamente necesario.  
**Augusto** Cuando usted ordene.  
**Clara** Ahora.  
**Augusto** ¿Ahora?  
**Clara** Ahora mismo.  
**Augusto** ¿Quieren ustedes hacer el favor de pasar un momento a mi despacho? Soy con ustedes en seguida. (*Teresa levanta la cortina de puerta derecha. Salen por ella Gálvez y Hontoria.*)  
**Valdés** (*Acercándose a Clara.*) ¿Decididamente no vienes?  
**Clara** Ya le he dicho que no.  
**Valdés** Bueno. (*Y sale por derecha y Teresa tras él.*) pues me iré yo solo. Señores, buenos días. (*Vase.*)

### ESCENA V

#### CLARA y AUGUSTO

*Clara cierra las puertas y luego se acerca a Augusto, que hace un gesto de impaciencia y de extrañeza.*

**Clara** Supondrá usted de qué voy a hablarle.  
**Augusto** No.  
**Clara** (*Con timidez.*) Es natural que le produzca extrañeza mi intromisión. Realmente no soy yo quién para mezclarme en sus asuntos íntimos.  
**Augusto** ¡Ah! Creí que se trataba de usted.  
**Clara** No. De ustedes.  
**Augusto** ¿De quienes?  
**Clara** De usted... y de Teresa. (*Augusto hace un gesto de desagrado.*) Perdóne usted, Augusto, que insista, pero estoy segura de que cumplo un deber.

**Augusto** (*Disponiéndose a salir.*) Perdóneme, Clara; pero si no tiene usted cosa más importante que decirme...  
**Clara** (*Deteniéndole.*) Es usted injusto. Yo le suplico que me escuche. (*Augusto duda un instante, al fin retrocede y se sienta después de ofrecer otra silla a Clara.*)  
**Augusto** Diga usted.  
**Clara** Teresa me ha puesto al corriente de todo.  
**Augusto** (*Con recelo.*) ¡Ah!  
**Clara** Hubiera sido inútil que no me lo dijera. Yo conocía su secreto.  
**Augusto** Lo sé.  
**Clara** ¿Cómo? (*Admirada.*)  
**Augusto** Ayer, cuando entró en mí la sospecha, cuando poco a poco se hicieron luz las sombras, cuando ya vi claro... reconstruí los detalles más leves, recordé los gestos más imperceptibles... me expliqué las actitudes más enigmáticas... Entonces comprendí el proceder de usted y el de ella... Entonces vi por qué usted acompañaba a doña Angela y ella, no. Usted miraba a Teresa con repugnancia; ella a usted con miedo... ¡Sí, usted lo sabía!...  
**Clara** Augusto; usted es un hombre de entereza y de reflexión. Usted merece el respeto de todo el mundo.  
**Augusto** Por lo menos siempre hice cuanto pude para merecerlo.  
**Clara** Si fuera usted un exaltado, un impulsivo, no tendríamos esta conversación. Usted hubiera procedido de otro modo... violentamente.  
**Augusto** Procuró ser justo. Sé que la vida de un ser por deleznable que parezca no tenemos derecho a destruirla.  
**Clara** Sobre todo cuando ha sido nuestro culto y nuestro amor.  
**Augusto** ¡Amor!... Esta palabra carece de sentido para mí...  
**Clara** No es usted sincero.  
**Augusto** Lo soy... No es que no me cueste trabajo dominarme... me cuesta... Para mí sería una satisfacción inmensa devolverles a golpes todas sus traiciones y todas sus maldades... Hará usted bien en aconsejarles que se aparten de mi camino... Hoy estoy seguro de mí...; creo que siempre lo estaré... Pero, ¿quién sabe!... Al fin soy hombre, no soy un santo... Procu-

ro atemperar mis actos a lo recto, a lo justo, pero...

**Clara** Usted la quiere. No puede dejar de quererla porque se lo proponga.

**Augusto** Se equivoca usted; no la quiero.

**Clara** Ella fué, sin que yo trate de aminorar su falta, más desgraciada que culpable.

**Augusto** Ahora es usted, Clara, la que no es sincera. Usted ni piensa así.

**Clara** Augusto, usted es un hombre grande, usted está por encima de la vulgaridad; sabe que somos juguetes de la vida...

**Augusto** Esa mujer es indigna.

**Clara** Yo soy tan indigna como ella... más todavía quizá.

**Augusto** No, Clara, no se compare con ella... Usted es una mujer de corazón... Usted no hubiera traicionado a un hombre como yo.

**Clara** ¡Es verdad!

**Augusto** Y de haberlo hecho habría sido por una pasión ciega y loca, por un arrebató de amor, de santo amor. Y puesta en ese camino, usted no hubiera sido capaz de abandonar a un hombre; hubiera tenido el valor de salvarle; la lealtad de confesar su falta sin remordimientos ni vacilaciones.

**Clara** Es verdad.

**Augusto** A una mujer como usted yo la habría perdonado; a ella, no.

**Clara** Pero usted que tiene esa fuerza de voluntad admirable, esa virtud de discurrir serenamente aun en trance tan grave, usted no puede desconocer que si ella abandona a ese muchacho es precisamente por respeto a usted a quien quiere salvar.

**Augusto** Eso será él quien se lo tome en cuenta. Nada tengo ya que ver con ella; que él la recoja, si quiere, de donde la arrojó.

**Clara** Ella no volverá a verlo jamás.

**Augusto** Es posible.

**Clara** Yo se lo garantizo. (*Augusto se encoge de hombros.*) Piénselo, Augusto. Nadie lo sabe fuera de mí. Un perdón generoso puede dárles a ustedes todavía, si no el absoluto olvido del pasado, la relativa paz del porvenir. (*Con resolución.*) ¡Jamás!

**Augusto** ¡Piense usted en el escándalo! Su nombre manchado, escarnecido, deshonrado...

**Clara**

**Augusto** ¿Deshonrado? ¡No! Los deshonrados son ellos; el amigo traidor; la mujer perdida. Deshonrado es el que transige; deshonrado es el que consiente. Yo no... Si no la mato es porque no me creo con derecho para disponer de la vida de nadie... Si a él le salvo es porque mi conciencia me lo manda. ¿Quién osará censurar este proceder?

**Clara** Delira usted, Augusto. Contra la lógica de usted está la falta de lógica del mundo. El deshonor del marido caerá sobre la mujer y el deshonor de la mujer caerá sobre el marido. Y adonde quiera que el marido vaya su afrenta irá con él. Es la sombra que sigue nuestros pasos.

**Augusto** Pero es que, aun aceptando del honor esas ideas personales de usted...

**Clara** Mías, no; del mundo.

**Augusto** Bien, del mundo. ¿Es que el deshonor, suponiendo que hubiera deshonor, no existe ya?... ¿Es que puedo yo evitarlo con mi silencio?... ¿Es que ante mi conciencia no estoy ya lo que usted llama deshonrado?... ¿De qué se trata, pues? ¿De que el mundo lo sepa o no lo sepa?... ¿Y usted me juzga tan pequeño, tan miserable, tan villano, que por un egoísmo ruin, voy a consentir que la vida, que la fama de un hombre?... ¡No! Usted no puede creer eso de mí.

**Clara** ¿Pero y su honor, Augusto?

**Augusto** ¡Qué vale el honor ante la justicia! El honor no existe. El honor es un convencionalismo. Cada edad, cada pueblo, cada religión tuvieron el suyo. La justicia es inmutable, fundamental y eterna.

**Clara** Sí, sí; podrá usted tener razón... pero espere siquiera a mañana...

**Augusto** No... Es preciso decir la verdad...

**Clara** Bien, sí; pero mañana.

**Augusto** ¡No! Ahora mismo... (*Se acercan a puerta derecha y llama a voces.*) ¡Hontoria! ¡Gálvez!...

### ESCENA VII

DICHOS, HONTORIA y GALVEZ. Por la izquierda, pegada a la pared, casi sin pasar del umbral de la puerta, desconcertada, asustada, TERESA.

- Gálvez ¿Qué tiene usted? ¿Qué pasa?  
 Angusto (Muy emocionado.) Hontoria... Gálvez... ¿ustedes confían en mí?  
 Gálvez ¡Augusto, por Dios!  
 Angusto (Sigue emocionado.) ¿Ustedes creen que yo soy hombre de honor?  
 (Gálvez y Hontoria se acercan a él y le estrechan la mano con efusión. Clara se deja caer en una silla.)  
 Angusto Gracias... ¿ustedes saben, verdad, que yo soy un hombre de honor?...  
 Gálvez Como ningún otro.  
 Angusto Pues bien; yo aseguro a ustedes que Joaquín es inocente de la muerte de Grunler.  
 (Asombro en los dos hombres.) Joaquín pasó la noche en mi casa.  
 Teresa (Con ira.) ¡No es verdad!  
 Angusto (Mirándola con gesto dominador.) Juro por mi honor que ese hombre es el amante de esa mujer.  
 Teresa ¡Mentira!... ¡Eso es mentira!... No le crean ustedes.  
 Angusto (Con gran solemnidad.) ¡Juro por mi honor que ese hombre es el amante de mi mujer!  
 (Pausa.—A Hontoria y Gálvez.) Ustedes son también hombres de conciencia... Vayan ustedes a decirlo... Cumplan ustedes su deber...  
 (Hontoria y Gálvez vanse por el foro silenciosamente.)

### ESCENA ULTIMA

AUGUSTO, TERESA y CLARA

Pausa. Augusto se ha quedado pensativo mirando al suelo. Al levantar los ojos ve a su mujer.

- Angusto (Violento, señalando la puerta.) ¡¡Vete!! (Teresa, trémula de emoción, apoyada en la pared, no puede dar un paso. Clara hace un mo-

Angusto

vimiento para levantarse, pero se encuentra con la mirada terrible de Augusto y desiste. A Teresa, con reconcentrado furor.) ¡¡Vete!! (Teresa sale lentamente, lívida, sin lágrimas, sin saber dónde va. Al llegar al umbral de la puerta, Clara rompe a llorar. Augusto se sienta, apoya el codo en la mesa y el rostro en la mano y medita.—Telón.)

FIN DE LA OBRA



Rio

Le videen y son 112.

112